38

destiempos

Revista de curiosidad cultural



Abril-mayo 2014 I Publicación bimestral de la Editorial Grupo Destiempos I
ISSN: 2007-7483 I Reservas de Derechos al Uso Exlusivo: 04-2013-101814413100-1021 I

LAS VACACIONES DE TÁNTALO

Jesús Pérez



I

En la última planta del edificio, Torres Álvarez mira los vehículos arder "¿A qué hombre no le gusta el fuego? Es el telón natural", piensa. Los encapuchados se acercan desde varias direcciones. Meten cócteles molotov en los depósitos. Otros vigilan desde las calles cercanas, distribuidos en círculos concéntricos. La policía aparece una hora después. Detienen a dos jóvenes, hombre y mujer, que viven cerca de donde arde un camión. En la fachada del edificio, los encapuchados han escrito: *LAS BRIGADAS PROSUBLIME SON DE TODOS Y NO SON DE NADIE. ESTÁN DESPUÉS DE IRSE.*

Torres Álvarez regresa a su despacho. Enciende el ordenador. Se queda con la luz apagada. Piensa en su esposa tiritando y mira la calefacción, que está al máximo. Imagina los muebles de la oficina subiendo de planta en planta, como chimpancés, y una fila de empleados fantasmas que le felicitan al amanecer. Abre un documento y teclea el informe. Lo rectifica cada vez que lo empieza y extiende sus manos como un titiritero. Finalmente, escribe otra cosa que borra nada más al acabar: "Nunca entenderás que me guste pasar la noche del sábado en la oficina. No entiendes la libertad. La libertad es estar donde nadie espera que estés. Mis empleados saben que voy a quedarme el sábado, pero todos piensan que es por obligación ¿La relación entre mentira y libertad? La misma que entre los ciegos y la noche.

Temo algo de los edificios del parque empresarial. No puede ser la oscuridad, porque entre las sombras creo que voy a descubrir a quien se pensaba escondido para siempre. Como cuando jugamos al escondite en casa y tú te ocultas en algún sitio inverosímil (una vez te acostaste en la bañera). Puede que lo que me desagrade el no poder controlar si alguien, a cara descubierta y sosteniendo una lámpara, me mira por una de las ventanas de los edificios. Sé que no hay nadie, pero tiene que ser eso.

Subo las escaleras del edificio. El ascensor no me gusta, me limita. A veces entro en una planta ajena, sólo para comprobar que no hay nadie. El placer que me provoca un edificio vacío no es el de posesión, sino el de fusión. Sé que estoy fundido a un cuerpo más grande que yo, que ya no me puede aplastar en cualquier momento. Penetrar en su vacío me multiplica. Debe ser, explicitada, la relación que las personas tienen con las ideologías. Consciente de mí, como si el día oscureciera de repente y a mí me salieran por ese motivo heridas por todo el cuerpo. Siento que soy miserable, pero que soy lo único vivo".

Tras eliminar el texto, teclea durante una hora el informe. Después apaga el ordenador y se levanta. Tararea:

Bienvenidas, experiencias:
sois como borreguitos
a los que nunca
decapitaría.

II

Aunque no recuerda nunca en qué puerta vive su madre, Torres Álvarez ve una entreabierta y entra. Su madre le pregunta "¿eres tú?". Le explica que se ha ido la luz y que sólo tiene una vela. Está a punto de consumirse, él la toma y le da la mano. La cera cubre los dedos de su madre. Torres Álvarez enciende la luz. Le pregunta cómo se encuentra. Su madre mira la lámpara extasiada, le dice que lo estaba esperando, pero que no se preocupe, que no va a llamarlo más. Él le pregunta por qué. Su madre dice que van a tener hijos de plástico. Él lo niega y le pregunta cuánto hace que no viene la asistenta. Su madre pide agua. Torres Álvarez va a la cocina. Ve platos en el suelo, la nevera descongelada y partes de la pared desconchadas por el moho. En el charco de la nevera hay sangre o suciedad. Limpia un vaso, se sirve agua y vuelve al salón. Su madre está con el balcón abierto, quejándose del olor a humo. Torres Álvarez se asoma, ve un par de coches arder. Cierra el balcón, da el vaso a su madre y va al baño. Intenta abrir, pero la puerta choca con algo. Empuja y ve que en el interior hay cinco sillas, unas volcadas, otras de pie. Las saca y las alinea en el pasillo. En la bañera hay varios billetes de diez euros. Los recoge, se mira en el espejo e intenta escuchar lo que murmura su madre. Se pregunta si está rezando. Al volver al salón ve que su madre se ha acostado en el sofá y se tapa con los cojines. La ayuda a levantarse. La lleva a su habitación. La cama está recién hecha, pero en el suelo hay una mancha verdosa. La desnuda, le pone el pijama y la acuesta. La madre,

Abril-Mayo 2014 ISSN: 2007-7483

tapada, sigue murmurando.

Torres Álvarez llama por teléfono a su esposa. Cuando ésta responde, se arrepiente de haberla llamado, de la misma manera que a Dios le hastiaría que los ángeles para eliminar a alguien, lo sangraran profusamente antes. Se saludan, sonríen, bromean, pero ninguno se hubiera bañado en el mismo río que el otro. Él le cuenta que está en casa de su madre. Que se siente como el único hombre que tiene que pensar en todo. Se responde que tal es la responsabilidad de un buen cacique, pero se da cuenta de que su esposa ha colgado. Intenta pensar una manera de humillarla para siempre. Grita.

Cuando calla, escucha que su madre se está moviendo en la habitación. Suena como si en cada baldosa hubiera miriápodos forzudos que se pasaran los muebles. Llega la habitación y ve a su madre debajo de la cama, murmurando y distribuyendo algo. Torres Álvarez da un puñetazo a la puerta y su madre sale de debajo de la cama, se tumba y se hace la dormida. Él mira debajo de la cama. Hay decenas de platos, algunos llenos de comida. Con un gesto sumiso de horror, sale de la habitación y cierra de un portazo. Camina por el pasillo y maldice a su esposa. Retrocede hacia la habitación de su madre y pega la oreja a la puerta. La escucha mover los platos. Vuelve al salón. Se imagina a sí mismo como un túmulo de sangre y clavos al que unas vendas dan forma antropomorfa. Va a la habitación de cuando era niño. Se agacha y mete los brazos debajo de la cama. Al sacarlos, tiene las manos y la camisa manchadas de comida.

III

Torres Álvarez supo que era la ocasión y, aunque cada vez más cansado, movió los pies y hasta creyó elevarse unos centímetros sobre el suelo y corrió como hubiera corrido Jesucristo sobre las aguas si éstas hubieran sido llamas, le separaban tres segundos de una entrada que parecía una salida, ¡es una puerta!, quedaba menos de un segundo para que la traspasara, se giró hacia quien le perseguía, grande como un elefante, ¿sin ojos?, sin ojos, ¿sin boca?, ¡sin boca!, un rostro numular acoplado a un cuerpo rocoso y del que colgaban restos de humanos y animales, la puerta se ha corrido hacia adelante, sigue la persecución, "son unos seis metros y si me giro otra vez no llego", se dice Torres Álvarez, cada vez menos cansado, "pero he de voltearme otra vez".